

sajes de la *España defendida*, obra en la que se refleja el mismo espíritu de mirada nostálgica al pasado de España, así como de *Providencia de Dios* o el *Panegírico a la majestad del rey nuestro señor don Felipe IV*, entre otros.

Las notas no se limitan a la cita de lugares comunes en textos latinos o en otros del propio Quevedo o de sus contemporáneos, sino que también desentraña el significado de alguna palabra o verso que no queda muy claro para el lector contemporáneo. En este grupo habría que incluir también la interpretación de algunos poemas, como el famoso soneto que comienza «Miré los muros de la patria mía» (p. 258), en la que expone las distintas hipótesis sobre el significado de esa «patria», en la que Rey, al final, se inclina por la interpretación de *patria* como 'casa, vivienda'.

Cierra la edición una extensa bibliografía en la que se recogen tanto las fuentes primarias como las fuentes secundarias. A continuación, aparecen tres índices: el de primeros versos, el de voces anotadas y el onomástico.

La edición de Alfonso Rey de la *musa Polimnia*, completada por su magnífico estudio sobre la poesía moral de Quevedo publicado en 1995 por la editorial Castalia, representa un importante paso hacia el mejor conocimiento de la obra poética del escritor madrileño. Nos encontramos, sin duda, ante una edición difícilmente mejorable por su erudición y rigor textual, una edición indispensable para todo aquel, quevedista o no, que pretenda acercarse y conocer en profundidad esa compleja obra poética de don Francisco de Quevedo.

Victoriano RONCERO LÓPEZ

Roncero López, V., *El Humanismo de Quevedo: Filología e Historia*, Pamplona, Eunsa (Anejos de *La Perinola*, 6), 2000, 178 pp.

Un minucioso análisis de los libros *España defendida* y *Grandes anales de quince días* sirve a Victoriano Roncero para presentar en su estudio un Quevedo filólogo y un Quevedo historiador, plenamente incorporados a la tradición humanística europea.

Don Francisco aparece, en el libro reseñado, como un buen conocedor de las corrientes intelectuales que provenían de Francia y, por ello, perfectamente capaz de enfrentarse en polémicas lingüísticas, literarias e históricas a las principales figuras del movimiento humanístico en el momento: José Justo Calígero e Isaac Casaubon. Queda al mismo tiempo patente que la visión crítica que nuestro autor tenía de los acontecimientos históricos de principios del XVII se fundaba sobre un

exhaustivo conocimiento de las principales obras de los historiadores de la Antigüedad clásica y del Renacimiento italiano.

El análisis de *España defendida*, que se aborda en primer lugar, pone también de manifiesto que, por debajo de la vasta erudición humanística de Quevedo, hay un importante trasfondo ideológico, tanto político como religioso, que va siendo detalladamente analizado, junto con aquella, a lo largo de lo que cabe considerar la primera parte del libro: «La *España defendida* y la ideología quevediana» (cap. I), «El humanismo de la *España defendida*» (cap. II) y, por último, «Las fuentes humanísticas de la historiografía quevediana: los reyes primitivos en la *España defendida*» (cap. III).

El rasgo fundamental de este trasfondo ideológico lo ve Victoriano Roncero perfectamente expresado en lo que J. A. Maravall llamó, con pleno acierto expresivo, el complejo «monárquico señorial» (p.15), del que, en su versión quevediana, se van desatacando en el libro los caracteres fundamentales. Se analiza, así, el patriotismo, el mito de Santiago Apóstol, la cuestión judía, etc.

En relación con el patriotismo se muestra su perfecta consonancia con el sentimiento fuertemente nacionalista que impregnaba a todo el humanismo europeo desde el mismo Petrarca. En el caso de Quevedo, este sentimiento le lleva a la apreciación de que la grandeza política, militar e intelectual del pasado y presente de España no tienen parangón en los Estados de Occidente. En todo caso, y en la línea de Lipsio, Quevedo anima a la búsqueda y contemplación del pasado, que sirva de enseñanza para un presente que ya no está, ciertamente, a la altura de aquel.

El mito de Santiago, en su vertiente apostólica, evangelizadora y también en la de *matamoros*, es defendido en todo lo que tiene de símbolo de la impoluta limpieza de España y de su misión histórica como salvaguardia de la fe cristiana.

Muy en relación con lo que ahora señalamos está la cuestión judía, en la que Quevedo compatibiliza la veneración por el pueblo elegido, al que encuentra perfecta continuidad en la nación española, y, por otro lado, un destacado antisemitismo, que justifica, en su apreciación, la expulsión de los descendientes del pueblo que llegó a la perfidia de matar al Redentor.

Dentro de estos posicionamientos ideológicos encajan perfectamente las diatribas del escritor moralista e incluso las del satírico contra los comportamientos del pueblo español, que consideraba, en la sociedad de su tiempo, muy alejado de la grandeza de su propio pasado y dado ahora, impenitentemente, a todos los vicios: el perjurio, el adulterio, el estupro, la usura, el espíritu de rebeldía, etc.

La necesaria regeneración ha de venir, según entiende Quevedo, del afán por resucitar nuestra gloriosa Edad Media, auténtica *aetas aurea*, y, con ella, la profundidad abarcadora de la fe, la sobriedad de las

costumbres y el espíritu guerrero, en que cobren realidad al mismo tiempo el patriotismo y la defensa del Evangelio.

En el capítulo II de la obra que reseñamos, «El humanismo en *La España defendida*», encontramos un pormenorizado diseño del perfil humanista de Quevedo, enfocado fundamentalmente desde la perspectiva del *homo trilinguis*. El análisis de *España defendida* da pie a Victoriano Roncero para sostener con firmeza que el autor madrileño, que dominaba el latín clásico y los autores latinos, estaba también impuesto en el griego, aunque, lo mismo que en el caso del hebreo, con un grado de perfección ciertamente menor. Es especialmente sugerente la consignación de que en su afición a esta última lengua interviene, de una manera decisiva, el posicionamiento ideológico a que ya antes nos referíamos. En efecto, el fuerte componente nacionalista conduce a Quevedo a buscar en la lengua hebraica esa cuna de alta prosapia de la que es merecedora la primitiva lengua española: la vinculación del español con la lengua en que Dios habló a su pueblo puede contribuir eficazmente a afianzar el convencimiento de que es el pueblo español, y no el judío poscristiano, el continuador auténtico de la tradición israelita, constituyéndose, así, en pueblo elegido.

Dentro del mismo capítulo se hace patente también que no es el dominio lingüístico el único carácter del humanismo quevediano. Así sucede que, al tiempo que echa mano de los autores clásicos para confirmar sus teorías, no faltan en Quevedo las duras crítica al argumento de la *autoritas*, tan en boga en la escolástica y, con ello, la postulación insistente de un acercamiento al objeto en sí, a la observación directa de la realidad del mundo o a la constatación documentada del dato histórico. Todo ello proporciona al humanismo quevediano, en sí mismo tan matizado de elementos ideológicos, un significativo toque de modernidad.

Este último aspecto va a ser, precisamente, profundizado y desarrollado con amplitud en el capítulo III del libro reseñado: «Las fuentes humanísticas en la historiografía quevediana: los reyes primitivos en la *España defendida*». El minucioso trabajo historiográfico de Quevedo es calificado por Victoriano Roncero de auténtica *labor desmitificadora*. Las exigencias del humanismo más nacionalista deberían llevarle, en principio, a la admisión de los reyes primitivos, inventados por Viterbo y sus seguidores, como lo más engrandecedor del pasado de España. Quevedo se pliega, sin embargo, a un humanismo crítico, más científico, que le lleva a diseccionar escrupulosamente las fuentes, intentando separar lo incuestionablemente histórico de lo fabuloso. Se inserta, de este modo, en la línea crítica en que estaba el padre Mariana.

Con el mismo ahínco con que se fustiga en el libro de Quevedo la técnica de recurrir a nombres geográficos para crear reyes (Ibero, de Ebro; Tago, de Tajo, etc.), se desautorizan las fábulas creadas para explicar los orígenes de los pueblos, empezando ya por la que hace refe-

rencia a la misma Roma, reproducida incluso por Tito Livio, al dar por padre de Rómulo y Remo al dios Marte y por *ama una loba*.

El escritor madrileño nos es presentado en el papel que asume de *registrador de documentos genealógicos* y el libro *España defendida*, como el mejor reflejo de lo que es, en la consideración de Quevedo, la historia para los humanistas europeos de los siglos XVI y XVII.

También es ésta la perspectiva en que se pretende instalar Quevedo en la segunda de las obras analizadas en el libro de Victoriano Roncero: *Grandes anales de quince días* («Los *Grandes anales de quince días*: historia humanista», cap. IV). A la preocupación científico-humanista por la positividad del dato histórico se añade aquí el carácter experiencial, casi siempre directo, de las constataciones. Los *Grandes anales* son, en efecto, presentados como fundados sobre la voluntad testimonial del propio Quevedo, de amigos o de corresponsales de su plena confianza.

Quevedo refleja en la obra un momento importante de la historia de la España de los Austrias menores: el traspaso de poderes y el cambio de política del reinado de Felipe III (Lerma-Uceda) al de Felipe IV (Zúñiga-Olivares).

En el libro reseñado se van destacando con habilidad y pleno acierto no sólo la presentación que hace Quevedo de los hechos y figuras de la historia política de la España del momento, sino también el hondo afán didactista y moralizante que impregna la obra. No olvida los aciertos en el retrato psicológico de los personajes implicados en el proceso, a los que, por otro lado, se trata con el detallado esmero que postula una concepción de la historia que, más allá del providencialismo medievalizante, considera al individuo como auténtico motor del acontecer histórico.

Pero tampoco han de creer los lectores que, ya por esto, pueda decirse que Quevedo abandona el ideal medievalista en los *Anales*. Victoriano Roncero se encarga de ir poniendo de relieve hasta qué punto este ideal se mantiene: se postula como resorte de regeneración la vuelta a la unión de nobleza y milicia, la recuperación de la belicosidad propia del carácter español contra el afeminamiento de las costumbres, el papel central de la religión, que ha de hacer de la acción de gobierno una auténtica política de Dios y, en fin, el empeño con que se silencian comportamientos que degradarían la imagen de los reyes, algo que en modo alguno se hace al hablar de los ministros: «los retratos esbozados de Lerma, Uceda y Aliaga, ministros de Felipe III, recogen principalmente sus rasgos más negativos» (p.151).

Interesante es, en fin, en la medida que completa la exposición del pensamiento quevediano, que se resalte en el libro reseñado cómo, aún en el caso de ministros y validos tan negativamente tratados, se enfatiza la serenidad y la grandeza de ánimo con que muchos de ellos afrontan el decisivo trance de la muerte. Ahí aparecen, indisimulables, los convencimientos estoicos de Quevedo.

Es de gran interés, en este último sentido, que Victoriano Roncero nos ofrezca, a modo de apéndice, las cartas que se intercambiaron Quevedo y Lipsio, en la época en que éste último declara a don Francisco: «Vuestro Séneca me tiene ahora ocupado por completo: a la edición de sus obras he puesto una introducción con fragmentos de la doctrina estoica» (p.160). A ello contestará Quevedo, casi a vuelta de correo: «Nuestro Séneca te tiene ocupado por completo y es éste el único modo en que podemos tener a Séneca completo. Feliz él, pues por tus desvelos *volará* de nuevo en los *labios de los hombres* hasta el fin del mundo» (p.163).

El libro de Victoriano Roncero constituye, sin duda, una autorizada contribución a ese estudio de conjunto, que él echa de menos, en que se reconozca sin ambages la plena incardinación de Quevedo en la mejor tradición humanística europea.

Elena GONZÁLEZ QUINTAS